



LLAMADA
DE MEDIANOCHÉ

INSTITUTO BÍBLICO ONLINE

INTRODUCCIÓN AL NUEVO TESTAMENTO

EXPONE

• Eduardo Cartea Millos •



Llamada de Medianoche Uruguay



+598 99 000 540



LlamadaWeb.org



Clase 1

I. Introducción

1. Objetivos
2. Bibliografía recomendada
3. Cronología y raíces del Nuevo Testamento (desde Asiria y Babilonia hasta Roma)
4. Las profecías de Daniel: los imperios antes de la venida del reino celestial



I. Introducción

Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero), para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu [...]. Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo (Gá. 3:13, 15).

1. Objetivos

Queremos brindarle una idea general de Nuevo Testamento, con el fin de que comprenda, de manera más cabal, el fundamento de la fe cristiana, conozca sus raíces y su asociación con el Antiguo Testamento, aprenda acerca del contexto histórico, vinculado sobre todo al mundo grecorromano, los rituales del templo, la vida y obra de Jesucristo, y la institución y origen de la iglesia cristiana.

2. Bibliografía recomendada

James I. Packer, Merrill C. Tenney, William White Jr.: *El mundo del Nuevo Testamento*, Vida, 1985; *La vida diaria en los tiempos bíblicos*, Vida, 1985.

Paul N. Benware: *Panorama del Nuevo Testamento (Comentario Bíblico Portavoz)*, CBP, 1990.

Frederick F. Bruce: *El mensaje del Nuevo Testamento*, Certeza, 1975.

Fred H. Wight: *Usos y costumbres de las tierras bíblicas*, Portavoz, 1953.

Alfred Edersheim: *Usos y costumbres de los judíos en los tiempos de Cristo*, Clie, 2008; *El templo: su ministerio y servicios en tiempos de Cristo*, Clie, 2014.

David F. Paine: *Cronología bíblica Portavoz*, Portavoz, 1994.

Henry H. Halley: *Compendio manual de la Biblia*, Moody, 1955.

J. Hampton Keathley III: *Bible.org*, “Introducción al Nuevo Testamento”, s. f.

Ernesto Trenchard: *Los Hechos de los apóstoles*, Portavoz, 1963.

3. Cronología y raíces del Nuevo Testamento (desde Asiria y Babilonia hasta Roma)

En el reinado de Roboam, hijo heredero de Salomón, Israel fue dividido en dos reinos: en el sur el reino de Judá (Judá y Benjamín) y en el norte, Israel (todas las demás tribus).

El reino del norte tuvo su tiempo de prosperidad de la mano de Jeroboam II, mientras el rey Ozías



hacia lo suyo en Judá, al punto que a mediados del siglo VIII el reino de Israel y de Judá estuvieron muy cerca de alcanzar la misma extensión que en el imperio de Salomón. Ambos estados practicaron una paz mutua.

A pesar de las saludables apariencias de estos Estados, su crisis se dio en el ámbito moral y religioso, como podemos ver en los libros de Amós y Oseas.

Sin embargo, un día Israel se vio enfrentado a circunstancias que cambiaron por completo su situación. Asiria comenzó a arrasar los pueblos a su alrededor, y el reino del norte no fue la excepción. Estos son años trágicos tanto para Israel como para Judá.

Todo ocurrió tras la muerte de Jeroboam. El reino del norte comenzó a despedazarse por la anarquía interna (cinco reyes disputaron la corona, sin ninguno tener un pretexto de legitimidad) y por el resurgimiento de Asiria, quien en menos de veinticinco años borró del mapa a Israel.

El Gobierno asirio de Tiglatpileser III, quien se hizo con el trono de Babilonia, derrotó a Sardur II, rey de Urartu, venció a los medos y luchó en el norte de Siria contra un Azriyan de Yaudí, el cual se cree era Azarías (Ozías) de Judá. Para el 738, Asiria ya había sometido a tributo a la mayor parte de Siria y al norte de Palestina (Jamat, Tiro, Biblos, Damasco e Israel).

Peka, rey de Israel, fue quien se encargó de provocar la ira última de Asiria. Se alió con Resín, rey de Damasco y pidió la ayuda de Judá, la cual fue rechazada. Intentaron entonces someter a Judá y destronar a Acáz, rey de Judá. La invadieron por el norte y cercaron Jerusalén, con la intención de colocar en el trono de Judá al arameo Ben Tabel. Mientras tanto, los arameos de Eilat, que estaban sometidos a Judá lograron su independencia y destruyeron la ciudad, y como si esto fuera poco, los filisteos ocuparon y conquistaron algunas ciudades fronterizas, sobre todo en Néguev y Sefelá. Por lo tanto, Judá estaba siendo invadida por tres lados.

Acáz acudió a Tiglatpileser por ayuda. La respuesta del rey asirio fue inmediata y radical, destruyendo por completo la coalición y se ocupó de que los egipcios no pudieran ofrecer su ayuda. Poco tiempo después, el rey asirio atacó nuevamente Israel, saqueó todas las tierras de Galilea y Transjordania, destruyó varias ciudades y deportó a parte de la población. De seguro Tiglatpileser hubiese destruido todo Israel si Peka no hubiese sido asesinado por un tal Oseas, quien puso la paz con Asiria a través del pago de tributos.

Los asirios aún no se habían encargado de Resín, el rey de Damasco, pero finalmente saqueó su tierra, ejecutó al rey y deportó a gran parte de la población.

El nuevo rey de Israel, Oseas, se sometió a Asiria con el fin de salvar lo poco que le quedaba a su nación, pero apenas se sintió seguro, al ver cómo Tiglatpileser era sucedido por su hijo Salmanasar V, se negó a pagar tributos y pidió ayuda a Egipto. Sin embargo, Egipto no tenía las fuerzas para ayudar a Israel. En el 724 Salmanasar atacó Israel y Oseas intentó hacer la paz, pero el rey fue hecho prisionero y los asirios ocuparon todo el territorio, con excepción de Samaria, la cual resistió durante dos años



más, hasta que finalmente cayó. El rey Sargón, sucesor de Salmanasar, llevó a cabo una deportación masiva de la población samaritana, estableciéndose en Samaria gente que había sido deportada de Babilonia, Jamat y otros lugares, quienes se mezclaron con la población israelita superviviente. Estos son los que más tarde reconocemos como los samaritanos.

Gracias a la negativa de Judá de unirse a la coalición antiasiria, escapó del desastre que sufrió Israel. Sin embargo, la ayuda de Asiria a Acaz le costó su independencia. Judá era ahora un Estado vasallo de Asiria.

Tras la muerte de Acaz, llega al trono Ezequías. Durante el reinado asirio de Sargón no hubo ningún rompimiento con Asiria, sin embargo, cuando Sargón fue sucedido por Senaquerib, el rey de Judá rehusó el tributo y comenzó el proceso de independencia. Ezequías había establecido alianzas con Merodak-baladán y Sabako, reyes de Babilonia y Egipto. Finalmente se formó una coalición considerable: se unió el rey de Tiro y las ciudades filisteas de Ascalón y Ecrón.

Ezequías envió mensajeros a Egipto, su principal aliado, con el fin de firmar un tratado.

Las fuerzas asirias controlaron las fuerzas babilónicas y se prepararon para atacar a los demás reinos. Venció la resistencia de Tiro, la que provocó la rendición de muchos de los reyes próximos. Luego redujo a Ascalón y Ecrón, y finalmente se volvió contra Judá y la sitió. La situación de Ezequías era crítica: muchas de sus tropas lo habían abandonado, por lo que, siguiendo el consejo del profeta Isaías, envió una embajada a Senaquerib pidiendo condiciones.

Como consecuencia, porciones del territorio de Judá fueron repartidas a Ecrón y a los reyes leales de Gaza y Asdod. Además, Senaquerib aumentó el tributo que debía pagar Ezequías, debiendo este pagar con las riquezas del templo y de la corona con el fin de cumplir con sus obligaciones con Asiria.

Con el tiempo, Babilonia se reveló contra Senaquerib, hasta que, en el 691, Asiria sufrió una seria derrota de parte de los babilonios. Por otra parte, subió al trono de Egipto Tirhacá. Asiria estaba perdiendo terreno y Egipto estaba dispuesto a ayudar a Ezequías, por lo que comenzó una nueva revuelta¹. Ezequías quería recuperar el territorio que Senaquerib le había arrebatado.

En el 689, la rebelión babilónica había sido dominada, y Asiria se dirigió nuevamente a Judá y la sitió en el año 688, pero esta vez el faraón Tirhacá marchó en ayuda de Judá. Senaquerib intentó presionar a Ezequías para que se rindiera, sin embargo, el rey prefirió luchar hasta la muerte. No se conoce bien la razón por la cual Asiria se retiró, pues se desconoce el resultado de la batalla entre Senaquerib y Tirhacá. Algunos comentan que fue producto de una peste de ratas entre el ejército asirio. Sea cual sea la causa, el profeta Isaías ya había anunciado al rey que Judá no caería. Ezequías muere un año después, sucediéndolo su hijo Manasés, el cual renunció a la rebelión e hizo la paz con Asiria,

¹ Aún se mantiene el debate entre los historiadores sobre si se trató de una o de dos campañas del rey Ezequías contra Asiria.



tirando por la borda todo intento por la independencia.

Entre la muerte de Ezequías y la caída de Judá en manos de Babilonia pasa exactamente un siglo (687/587). En este período, Judá fue vasallo de Asiria, estuvo sometido por Egipto y finalmente por Babilonia, hasta su caída final.

Senaquerib había sido asesinado por algunos de sus hijos y fue sucedido por uno de los más jóvenes, Asaradón, quien intentó estabilizar la situación con Babilonia y puso toda su atención en la conquista de Egipto. En 671 sus tropas vencieron a Tirhacá y se apoderaron de Menfis. El ejército egipcio se resistió y comenzó una revuelta. En ese tiempo, Asaradón muere y sube al trono de Asiria Asurbanipal, quien acabó con la revuelta egipcia. La única potencia capaz de hacerle frente a Asiria había caído.

No obstante, el Imperio asirio llegaría a su fin. La amenaza de revueltas en Babilonia y Egipto, quien contaba además con el apoyo de Lidia, comenzó a hacerse realidad. Por otra parte, los medos presionaban sobre la frontera norte. Aunque Asurbanipal salió victorioso en cada batalla, Asiria se iba debilitando. En el 652 estalló la rebelión en Babilonia, dirigida por el propio hermano del rey asirio. Egipto ya se había independizado del control de Asiria. Poco a poco, las naciones vecinas comenzaron a rebelarse.

Luego de dos años de asedio, Babilonia fue nuevamente conquistada y todos los enemigos de Asiria, con excepción de Egipto, fueron vencidos. Asiria reafirmó su autoridad en Palestina.

Con la muerte de Asurbanipal, hubo disputas por la corona, desatándose una revuelta general que se prolongó durante años. En ese tiempo, los medos, bajo el liderazgo de Ciaxares, pasaron a la ofensiva contra Asiria, mientras que Babilonia comenzó a luchar nuevamente por su independencia bajo Nabopolasar. En el 626 los asirios fueron derrotados por los ejércitos de Nabopolasar. Al cabo de pocos años, Asiria luchaba por su supervivencia contra babilonios y medos.

Increíblemente, Egipto brindó su ayuda a los asirios, tal vez por el temor de que babilonios y medos crecieran al punto de significar para ellos una amenaza. Egipto llegó a Mesopotamia el 616 para detener a Nabopolasar, pero los asirios avanzaron con mayor violencia: Ciaxares tomó Asur, la antigua capital de Asiria. Nabopolasar hizo alianza con Ciaxares y juntos tomaron y arrasaron Nínive, luego se hicieron con Jarán. Egipto no pudo refrenar la alianza y Asiria desapareció.

Mientras todo esto sucedía, Judá encontró la oportunidad de ser un país libre, por lo que el rey, el joven Josías, emprendió la reforma más amplia de la historia de Israel y se hizo con considerables porciones de territorio de Israel en el norte y tomó posesión de la provincia de Samaria.

A pesar de la caída de Asiria, aún quedaban enemigos que pretendían hacerse con las tierras de Judá. Luego que muere Josías, Judá es conquistada y desaparece.

Las tierras del norte de Asiria fueron dadas a los medos y el resto se repartió entre Babilonia y Egipto, los cuales habían podido quedarse con tierras, resistiendo el avance del enemigo.

Joacaz, el hijo de Josías, se había hecho con el trono cuando Neco, rey de Egipto, lo deportó a



Egipto y puso en su lugar a su hermano Joacaz como vasallo, al que cambió su nombre por Joaquín. Judá comenzó nuevamente a pagar tributo. Su independencia había durado tan solo veinte años.

Entre el 608 y el 607, Nabopolasar y su hijo Nabucodonosor, salieron en campaña hacia las montañas de Armenia, con el fin de atacar al ejército egipcio situado al oeste del Éufrates y en el 605 Nabucodonosor atacó al ejército egipcio en Karkemish y terminó de derrotarlo por completo en Jamat.

Ese mismo año, Nabopolasar muere y Nabucodonosor se hace con el trono. Con Nabucodonosor, Babilonia empieza su conquista más importante: se hace con la llanura filisteas, destruyendo Ascalón y deportando a su población. Joaquín, temeroso por el avance babilónico y la caída de Egipto, se hizo inmediatamente vasallo de Nabucodonosor, por lo que Judá pasó a ser posesión de Babilonia sin el uso de la fuerza.

En el 601, Nabucodonosor marchó otra vez contra Egipto y entabló una batalla contra Neco, donde las tropas babilónicas tuvieron que retroceder. Fue allí donde Joaquín creyó oportuno rebelarse. Sin embargo, eso fue un grave error. Nabucodonosor, ocupado con campañas en otras tierras, mandó mercenarios arameos, moabitas y amonitas para mantener en jaque al país, hasta que en el año 598 partió hacia Judá el ejército babilónico. Ese mismo mes murió Joaquín (tal vez asesinado por su pueblo con el fin de calmar los ánimos de Babilonia) y subió al trono Jeconías, el cual resistió apenas tres meses (el 16 de marzo del 597). Egipto no ayudó a Judá, y el rey, su madre, los altos oficiales y los principales ciudadanos fueron deportados a Babilonia junto a un excelso botín. Sedecías, tío de Jeconías, fue colocado en su lugar como rey vasallo. Sin embargo, Sedecías se encargó de generar una continua agitación y sedición, lo que hizo que en el trayecto de diez años llegara el fin de Judá.

Los planes de rebelión de los judíos en Jerusalén comenzaron cuando estalló una revuelta en Babilonia donde estaban implicados algunos judíos deportados, los cuales fueron inflamados por algunos profetas que prometían su liberación. Aunque algunos de estos profetas fueron ejecutados por Nabucodonosor, Judá comenzó a tener esperanzas. A pesar de sus esfuerzos, Judá no avanzó en sus planes y las alianzas con otros pueblos sometidos fallaron. Por lo tanto, Sedecías envió embajadores a Babilonia para jurar una lealtad absoluta a Nabucodonosor.

No obstante, un creciente patriotismo comenzó a presionar a Sedecías. Los nobles estaban entusiasmados por lograr la victoria. Tiro y Amón se comprometieron a ayudar y hubo un nuevo acuerdo con Egipto. Babilonia reaccionó con rapidez. En el 588 llegó su ejército, sitió Jerusalén y comenzó a controlar las ciudades circundantes. Babilonia se vio obligada a abandonar el sitio tras las noticias del avance de un ejército egipcio que venía en respaldo de Sedecías, pero este fue finalmente rechazado, reanudándose el asedio. En el 587, luego de una gran resistencia, los babilonios lograron atravesar las murallas de Jerusalén. Sedecías huyó, pero fue alcanzado cerca de Jericó y llevado ante Nabucodonosor, donde presenció el asesinato de sus hijos, fue cegado y encadenado en Babilonia, donde finalmente murió. Un mes más tarde, Nabucodonosor ordenó incendiar la ciudad de Jerusalén y derribar los muros.



Muchos oficiales, sacerdotes, militares y ciudadanos principales fueron llevados en ese tiempo a Babilonia para ser ejecutados. Mientras que otro grupo más numeroso fue deportado.

Los babilonios colocaron como gobernador al primer ministro de Sedecías, Godolías, pero los que aún quedaban en Jerusalén lo consideraron un traidor a su patria, por lo que un tal Ismael, miembro de la casa real, tramó un complot y lo mató, huyendo hacia Amón. Los amigos de Godolías, temiendo la furia de Nabucodonosor, huyeron hacia Egipto llevándose a Jeremías.

En el 582 hubo una tercera deportación, tal vez como represalia por estos atentados.

Judá fue anulada y anexada a la provincia de Samaria.

Destruído el Estado y suspendido el culto estatal, la antigua comunidad se resquebrajó. No obstante, sobrevivió al desastre, formando una nueva comunidad y reanudando su vida como pueblo. Fue en el exilio donde nació el judaísmo.

El ejército de Nabucodonosor había convertido a Judá en un matadero, diezmado la población del país: muchos murieron en las batallas, otros fueron ejecutados y otros huyeron para salvar sus vidas. El templo fue totalmente destruido, aunque ese lugar seguía siendo considerado santo, por lo que muchos peregrinos del norte viajaban para ofrecer sacrificios entre las ruinas.

Los judíos deportados a Babilonia eran representantes políticos, eclesiásticos e intelectuales. No superaban los 4600 hombres, por lo que seguramente la población total deportada a Babilonia no supere las 15000 personas si incluimos mujeres y niños. Aunque sufrieron opresión y humillación, tuvieron la suerte de ser asentados en establecimientos propios, sin mezclarse con la población local. Esta población contó con una libertad limitada, pero tenían lo más importante: podían reunirse y hacer vida en comunidad, hasta se reconoció a Joaquín (Jeconías) como rey de Judá, con privilegios en la corte babilónica, aunque más tarde fue hecho prisionero, seguramente por sedición. Muchos de estos judíos se dedicaron al comercio, enriqueciéndose.

La identidad del pueblo de Israel se mantuvo intacta a causa de la fe, la cual fue fortalecida al extremo. Los exiliados nunca perdieron la esperanza de una eventual restauración de su patria, esperanzas que más tarde revivirían, cuando el Imperio babilónico comenzó a volverse inestable.

El rival más peligroso de Nabucodonosor era precisamente su exaliado contra los asirios, el rey de Media, Ciaxares, mientras que la inquietud reinaba en las tierras cercanas a Egipto, donde el faraón Apries instigaba al ejército babilónico.

Luego de destruir Jerusalén, Nabucodonosor sitió durante trece años a Tiro, la cual nunca pudo conquistar por completo.

En el 568, Babilonia invade Egipto, pero no con la intención de conquistarla, sino de limitar la influencia de Egipto en Asia. Todo se resolvió con una alianza amistosa que duró todo el tiempo que perduró el Imperio babilónico.

Babilonia declinó con la muerte de Nabucodonosor. Al cabo de siete años, el poder cambió de manos



tres veces: Evilmerodac, Nebuzaradán y Labasi-Marduk. Este último reinó tan solo tres meses, y fue reemplazado por Nabónido, el cual no era parte de la descendencia de Nabucodonosor.

Nabónido fue apoyado por un grupo de sacerdotes del dios lunar Sin, que se oponían a los sacerdotes de Marduk. Su madre era devota de Sin, por lo que intentó elevar a este dios a la categoría de dios supremo del panteón babilónico. Mientras tanto, creció la hostilidad de los sacerdotes de Marduk, quienes lo consideraban un impío.

Por temor a una revuelta, Nabónido trasladó la residencia real al oasis de Teima, en el desierto de Arabia y puso a su hijo Belsasar a cargo del reino. Sin embargo, no se trató nunca de un exiliado, sino que siguió reinando y conquistando las tierras árabes.

Media estaba sufriendo una gran revuelta provocada por Ciro el persa, de la dinastía de los aqueménidas (emparentados con los medos), un rey vasallo de la región de Ansan. En ese tiempo reinaba en Media Astiages, hijo de Ciaxares.

Ciro se alió con Amosis y Creso, reyes de Egipto y Lidia respectivamente, con el fin de debilitar a Media. Hacia el 550, destronó a Astiages y se hizo con el imperio. A partir de allí comenzó una serie de brillantes campañas que comenzaron a sembrar el terror por todas las naciones.

Nabónido pidió la ayuda de aquellos que habían ayudado a Ciro a apoderarse de Media: Amosis y Creso, los cuales temían ahora la traición de los medopersas. Sin embargo, la estrategia defensiva fue inútil. En el 547 Ciro atacó Lidia y la incorporó a su imperio, mientras tomaba el control de algunas provincias babilónicas al norte de Siria y Cilicia. Siguió extendiendo sus tierras hasta convertirse en el imperio más grande conocido hasta ese momento.

Babilonia perdió las esperanzas, no podía hacer frente a este nuevo imperio. Poco tiempo después cayó ante Ciro. Las políticas de los medopersas permitieron que, pocos meses después, se restaurara la comunidad judía, al menos en potencia. Significaba una nueva era gloriosa para Israel, donde crecían las esperanzas de recuperar lo que se había perdido.

El general babilonio Gobrias, quien se había pasado al bando persa, tomó Babilonia sin el uso de la fuerza, luego de que Nabónido perdiera la batalla en Opis. Se dice que el pueblo estaba decepcionado del reinado de Nabónido y que fueron los propios sacerdotes de Marduk quienes entregaron el imperio en las manos de Gobrias.

Unas semanas más tarde, el propio Ciro entraba en Babilonia y el pueblo lo recibió como un libertador. Sin duda, el Imperio medopersa era reconocido por tener una mayor tolerancia con los pueblos. Cambises, el hijo de Ciro, quedó en Babilonia como representante del Imperio medopersa. Poco a poco Ciro conquistó todas las tierras del Imperio babilónico, incluido Palestina y el sur de Siria.

En el primer año de su reinado en Babilonia, Ciro proclamó un decreto ordenando la restauración de la comunidad y del culto judío en Palestina. Allí estipuló que el templo sea reconstruido con el tesoro real y que se devuelvan los vasos del templo tomados por Nabucodonosor. Además, permitió a todos



los judíos que quisieran retornar a su patria. Los judíos que quedasen en Babilonia podían contribuir financieramente para llevar a cabo esta empresa.

La tarea fue encomendada a un tal Sesbasar, quien podría tratarse de Senazar el hijo de Joaquín.

Es probable que Senazar haya emprendido la marcha a Jerusalén tan pronto como le fue posible acompañado de un número no muy significativo de judíos. El sucesor de Senazar, del que sabemos muy poco, fue Zorobabel, el que fue llamado gobernador de Judá por el profeta Hageo. Parece que Senazar fue el primero en echar los cimientos y Zorobabel siguió la tarea. También es probable que se reanudara el culto de alguna manera. Aún quedaba qué escribir de la historia de Israel.

Aunque este comienzo fue alentador, los años posteriores se caracterizaron por las amargas desilusiones de no poder cumplir sus esperanzas de restauración. Los judíos no se reunificaban en Jerusalén y por más que hubo paz en todo el reino de Ciro, la moral del pueblo había decaído.

Ciro murió en una campaña contra los pueblos nómadas que habitaban más allá del río Jaxartes. En su lugar comenzó a reinar su hijo Cambises, quien anexó Egipto al imperio tras derrotar a Amosis y a su hijo Samético III, y logró la sumisión de los griegos en Libna, Cirene y Barca.

Mientras tanto, la pequeña comunidad judía de Jerusalén, la que se estima que apenas rebasaría las veinte mil personas, vivía en una Jerusalén que en varias partes seguía en ruinas. Los recién llegados tuvieron que enfrentarse a la opresión, a la privación y a la inseguridad. Sus vecinos samaritanos, quienes consideraban que Judá pertenecía a la provincia de Samaria se presentaban hostiles ante el nacionalismo judío.

La obra del templo se detuvo, pues el pueblo se ocupaba más en su supervivencia. La casa real retiró su ayuda a Palestina y los judíos se decepcionaron al ver lo lejos en apariencia que su obra estaba del templo de Salomón. Zorobabel tuvo la tarea de continuar con las obras y Josué se hizo cargo como sumo sacerdote de los asuntos espirituales. Sin embargo, dieciocho años después de comenzadas las obras, no se había pasado de los cimientos del templo.

Los dirigentes judíos tenían entera consciencia de la importancia que tenía terminar el templo y no descansaron hasta lograrlo. Una vez que reanudaron el trabajo, el templo fue construido en unos cuatro años.

A partir del 522 el Imperio persa fue sacudido cuando un tal Gaunata usurpó el trono y fue aceptado por la mayoría de las provincias persas. Esta es una historia muy misteriosa. Gaunata, tal vez por su parecido, se identificó como Esmerdis, el hermano de Cambises, el cual este había asesinado unos años antes. Cambises, al salir de Egipto para terminar con la usurpación de Gaunata, murió de forma misteriosa.

Histaspes, miembro lejano de la familia real, reclamó el trono y convenció al ejército de ejecutar al usurpador.

Fue así como sucedió. Histaspes, con el nombre de Darío I, pasó a gobernar el Imperio medopersa.



La época de Darío se vio rodeada de revueltas dentro del imperio. Estalló la rebelión en Media, Elam, Parsa, Armenia y en todo Irán, mientras que Egipto y Asia Menor hacían lo suyo.

En Babilonia, un descendiente de Nabónido se proclamó a sí mismo como rey con el nombre de Nabucodonosor III y gobernó durante unos meses antes de ser ejecutado por Darío. Al año siguiente, otro usurpador que también se hizo llamar Nabucodonosor y que, como el anterior, decía ser hijo de Nabónido, usurpó el trono, pero meses después fue empalado junto a sus principales colaboradores.

El Imperio persa se derrumbaba, el sentimiento nacionalista de los pueblos crecía y creaba una fuerte tensión que afectó también a Judá. Esto animó a los judíos a la construcción del templo: tal vez era el momento de que se estableciera el Gobierno triunfal de Yahvé. Los samaritanos hicieron entonces su jugada y acusaron a Israel de estar preparándose para independizarse del imperio.

Las obras siguieron adelante hasta marzo del 515 cuando el edificio fue terminado y dedicado con gran alegría.

Las revueltas en el Imperio persa fueron controladas por Darío, quien se ocupó en seguir extendiendo sus tierras. Darío dividió su imperio en veinte satrapías, cada una con un sátrapa. Bajo su dirección, Persia alcanzó su cenit. Su único fracaso fue la más ambiciosas de todas las empresas: la conquista de Grecia, en donde las tropas persas fueron derrotadas por Milcíades en la batalla de Maratón.

Darío fue sucedido por su hijo Jerjes, el cual se ocupó de algunas revueltas en Egipto y Babilonia. Sin embargo, su máximo anhelo era derrotar a los griegos. Se movió con un inmenso ejército por Macedonia y venció a los espartanos en Termópilas. Conquistó Atenas y prendió fuego la Acrópolis. Sin embargo, la batalla de Salamina terminó con la tercera parte de la flota persa, lo que hizo que Jerjes se retirara, dejando a cargo de un ejército al general Mardonio, el cual fue derrotado un año después en Platea. Poco tiempo después, lo que quedaba de la tropa persa fue destrozada cerca de Samos. Jerjes tuvo que retirarse de las aguas del Egeo. Posteriormente fue asesinado y subió al trono su hijo Artajerjes I Longimano, quien se vio asediado por los griegos en Chipre. A su vez, en alianza con Atenas, Egipto se rebeló hasta liberar el bajo Egipto de las tropas persas, pero no pasaría mucho tiempo en que el Imperio persa la reconquistaría. Al verse comprometido el imperio por el poder de Grecia, Artajerjes firma un tratado de paz con Grecia donde se comprometía a no introducirse en el mar Egeo.

En el tercer cuarto del siglo V se llevó a cabo una completa reorganización de la comunidad judía bajo el liderazgo de Nehemías y Esdras. Nehemías dio a la comunidad un estatuto político y llevó a adelante una reforma administrativa, mientras que Esdras reorganizó y reformó su vida espiritual.

El problema más urgente de Nehemías, el nuevo gobernador, era la reconstrucción de las murallas de Jerusalén, algo necesario para la salud física de la comunidad. Por lo tanto, comenzó rápidamente con las obras, no sin una serie de dificultades y enemigos que se oponían a que Jerusalén se amurallara, sobre todo Sambalat, el gobernador de la provincia de Samaria.

La obra fue terminada en un tiempo récord.



Por el lado de Esdras, su misión más importante fue la observancia de la ley por parte del pueblo y la regularización de las prácticas religiosas.

De la mano de Nehemías y Esdras, el judaísmo fue adquiriendo, poco a poco, una forma característica que duraría para siempre.

Poco después de la reforma de estos dos grandes hombres de Dios, Artajerjes I muere y su hijo legítimo, Jerjes II, es asesinado, por lo que sube al trono otro hijo de Artajerjes, Darío II, vinculado a la guerra del Peloponeso. Mientras tanto, la comunidad judía al norte de Egipto crecía y Darío II siguió la política de dar libertad cultural y religiosa a todas las naciones. Luego de Darío II subió al trono Artajerjes II Mnemón, quien vio como el Imperio persa parecía desintegrarse: Egipto se declaró independiente en el 401, y su hermano Ciro intentó asesinarlo el día de su coronación. Poco a poco, todos los sátrapas del oeste comenzaron a declararse independientes, alentados por el ejemplo de Egipto. En poco tiempo, casi todo el oeste del Éufrates se rebeló. Sin embargo, la revuelta se deshizo y uno a uno se fueron entregando para ser perdonados o ejecutados.

Artajerjes III subió al trono asesinando a sus hermanos y hermanas, quienes veía como posibles rivales. Su Gobierno se caracterizó por la crueldad y la mano de hierro en todos los asuntos. Intentó reconquistar Egipto, pero no pudo, sin embargo, logró quemar la ciudad de Sidón junto a miles de sus habitantes. En el 343 alcanzó su objetivo, y cayó Egipto. Artajerjes III murió envenenado y fue sucedido por su hijo Arses, el cual también fue envenenado junto a sus hijos.

Toma la corona Darío III, el encargado de enfrentar el gran momento. En la época de Artajerjes III, Filipo II de Macedonia había consolidado su poder sobre los Estados griegos. Ahora, bajo el reinado de Darío III, el rey macedonio fue asesinado y sustituido por su hijo Alejandro.

Alejandro de Macedonia sería el responsable de desaparecer al Imperio persa, apenas cinco años después. El nuevo rey de Macedonia comenzó una campaña de helenización por todo Oriente. Tenía un gran amor por la cultura helénica, sin duda, algo de esto le había inculcado su tutor Aristóteles. Pronto organizó una cruzada para liberar a los griegos del yugo persa. En el 334 cruzó el Helesponto y derrotó en Gránico a las fuerzas persas de esa localidad. Al año siguiente colisionó con Issos con el principal ejército persa, los cuales fueron dispersados. Tras moverse por la costa del Mediterráneo, todas las ciudades fenicias se entregaron, menos Tiro, la cual fue sitiada durante ocho meses hasta su conquista. Luego siguió descendiendo hacia Samaria y Palestina, incluyendo Judá, para después entrar a Egipto sin resistencia. Los egipcios, hartos del Imperio persa, lo recibieron como a un héroe y lo proclamaron faraón. Es probable que también los judíos recibieran a Alejandro de manera pacífica. Sin embargo, se conoce una revuelta en Samaria donde Andrómaco, prefecto de Alejandro en Siria fue quemado en la hoguera. Como consecuencia a su sedición, Samaria fue destruida y poco tiempo después se fundó en el lugar una colonia macedónica.

Alejandro siguió extendiendo sus tierras: en 331 cruzó la Mesopotamia, entró triunfante en



Babilonia, Susa y Persépolis. Darío fue apresado y asesinado. Luego se alejó del imperio hacia el Indo. Alejandro tenía apenas 33 años cuando murió en Babilonia, pero su breve campaña transformó por completo el mundo conocido.

Al morir Alejandro su imperio se desmoronó y se desató una guerra civil entre sus capitanes para hacerse del poder. De estos capitanes, dos están íntimamente relacionados con la historia de Israel: Tolomeo y Seleuco. Tolomeo se hizo con el control de Egipto y trasladó la capital hacia Alejandría. Seleuco, por su parte, dominó el oeste de Siria hacia el este, contando con dos capitales: Seleucia en el Tigris y Antioquía en Siria. Ambos rivales disputaban Palestina y Fenicia. Luego de varios acontecimientos, Tolomeo aseguró el poder de su dinastía en estas tierras durante un siglo. Parece que no cambiaron mucho respecto a lo hecho por los persas, y los judíos gozaron de una cierta paz. Mientras tanto, en el Egipto de Seleuco había una gran población judía, mayor a la palestina, que se fue moviendo hacia Alejandría y terminó adquiriendo el griego como lengua principal, aunque aún entendían el hebreo.

La dinastía seléucida fue perdiendo terreno con los años, no obstante, Antíoco el Grande reafirmó su poder en Asia Menor y las fronteras con la India mediante una serie de campañas victoriosas y declaró la guerra a Tolomeo IV Filopátor, aunque fue derrotado en el año 217 en Rafia, en la frontera sur de Palestina. Sin embargo, más tarde, cuando Tolomeo V Epífanes ocupó el trono con apenas cinco años, Antíoco el Grande venció al ejército egipcio en Baniyas, cerca de las fuentes del Jordán. En ese momento, el Imperio seléucida se anexó a Palestina. Antíoco fue benévolo y dio varios privilegios a los judíos, entre ellos, se ocupó de los arreglos del templo, el cual había sido dañado durante el conflicto.

Antíoco el grande, tras la visita a su imperio del general cartaginés Aníbal, quien había sido derrotado por los romanos, quiso medir sus fuerzas con Roma. Ingresó a Grecia, declarándole la guerra, pero sufrió una aplastante derrota. De ahí en más, Roma hizo de los seléucidas un reino vasallo.

Antíoco el Grande fue asesinado y le sucedió en el trono Seleuco IV. Aunque este rey siguió manteniendo las leyes projudías, quiso hacerse de los fondos privados del templo con la complicidad de su ministro Heliodoro y algunos judíos enemistados con el sumo sacerdote Onías III.

Seleuco IV también fue asesinado, y le sucedió su hermano Antíoco IV Epífanes. Antíoco había sido rehén en Roma tras la derrota de su padre. Al subir al trono, su política llevaría a los judíos a una rebelión. Antíoco estaba rodeado de pueblos enemigos que querían hacerse con Palestina: los partos, los egipcios, con Tolomeo VI Filométor, y los romanos. Para sustentar la defensa frente a las amenazas, puso sus ojos en los tesoros del templo de Jerusalén. Por otra parte, quiso unificar culturalmente a su pueblo, manteniendo con celo todo lo helénico: la adoración a Zeus y a otros dioses griegos. Su política era rigurosa y esto comenzó a despertar tensiones. Además, Antíoco comenzó a intervenir en los asuntos religiosos judíos como ningún otro rey en la historia lo había hecho.

Tras el viaje del sumo sacerdote Onías III, su hermano Josué, quien luego cambia su nombre a Jasón,



sobornó con dinero al rey para ocupar el puesto de sumo sacerdote y prometió lealtad a la política real. Antíoco accedió y Jasón pasó a ser el nuevo sumo sacerdote, quien emprendería una activa política de helenización. Jasón obtuvo el cargo por tres años y fue sustituido por Menelao, quien aumentó su crueldad contra los judíos, a punto de enviar al rey los vasos del templo, lo cual era poco si lo comparamos con el saqueo que el propio rey hizo al templo después de su victoria contra Egipto, donde, con la complicidad de Menelao, se llevó los utensilios y vasos sagrados y arrancó las láminas de oro de la fachada. Se dice que Jasón recibiendo la falsa noticia de que Antíoco había muerto en Egipto, tomó la ciudad con mil hombres e hizo huir a Menelao, pero pronto fue derrotado y obligado a escapar. Esta sería la razón de las acciones del rey.

En el 168, cuando Antíoco invadió nuevamente Egipto, teniendo éxito en su empresa, recibió un ultimátum del senado romano para que abandonara Egipto. Luego de esta humillación, la crueldad de Antíoco contra Jerusalén aumentó considerablemente. Envió a Apolonio, jefe de los mercenarios misios hacia Jerusalén, para que degollara a muchos judíos y tomara a otros como esclavos. La ciudad fue saqueada y parcialmente destruida y las murallas de Jerusalén fueron derribadas. Al sur del templo levantó el Acra, una colonia de paganos helenizantes que controlaban toda la ciudad. Desde ese momento, el templo no pertenecía más a los judíos.

Vista la resistencia de los judíos, Antíoco prohibió cualquier práctica del judaísmo en todas sus manifestaciones. Se suspendieron los sacrificios, la observancia del sábado y las fiestas tradicionales. Se destruyeron las copias de la ley y se prohibió la circuncisión. La desobediencia se pagaba con la muerte. Los altares paganos fueron erigidos por todo el país, y los judíos fueron obligados a comer carne de cerdo, bajo amenaza de muerte, y participar en los cultos paganos. Empero, la gota que rebasó el vaso fue cuando fue introducido dentro del templo el culto a Zeus Olímpico, ofreciendo allí carne de cerdo. Esto es lo que Daniel llamó “la abominación desoladora”.

Los judíos, lejos de rendirse, resistieron aún más. Pronto toda Judá se encontraba en una gran rebelión armada y Antíoco comenzó a perseguir a aquellos que no obedecían sus mandatos: entre ellos, mujeres que circuncidaron a sus hijos y hombres y mujeres que guardaron el sábado o no tocaron alimentos por considerarlos impuros, todos ellos fueron condenados a muerte.

En el centro de la resistencia se encontraban los Jasidim (los fieles). Es probable que de este grupo descendieran los fariseos y esenios.

La rebelión había estallado no mucho después de que Antíoco promulgara su decreto. En Modín, al este de Lida, vivía un hombre de linaje sacerdotal llamado Matatías y sus cinco hijos: Juan, Simón, Judas, Eleazar y Jonatán. Cuando un oficial del rey llegó a Modín para exigirle a Matatías que ofreciera un sacrificio al dios pagano, este se rehusó. Sin embargo, no solo hizo esto, sino que mató a otro sacerdote que se dispuso a hacerlo, junto con el oficial del rey. Luego de esto huyó con sus hijos hacia los montes. Poco a poco se le fueron uniendo otros judíos que huían de la corona, y un número del



Jasidim.

La banda de Matatías se lanzó a una guerra de guerrillas contra los seléucidas y contra los judíos cobardes que habían cedido. Los acosaban y mataban, destruían los altares paganos y obligaban a las madres a circuncidar a sus hijos. Pese a su celo por la ley, decidieron suspender el *Sabbat* hasta terminar la revolución: si los atacaban un sábado estarían indefensos.

Al morir Matatías, tomó su lugar su hijo Judas, llamado Macabeo ‘martillo’. Judas llevó la guerra a una lucha por la independencia. Antíoco envió entonces a Judá a Apolonio, pero Judas le dio muerte. Luego mandó un ejército bajo el mando del general Serón, pero también fue derrotado. Estas victorias daban esperanzas a los judíos que poco a poco se iban sumando a la revuelta.

Antíoco, ocupado en una campaña contra los partos, pidió a su gobernador Lisias que tomara las medidas que considerara pertinentes. Lisias envió entonces un gran ejército bajo el mando de los generales Tolomeo, Nicanor y Gorgias, pero Judas, siendo inferior en número, tuvo la iniciativa de atacar el campamento enemigo, cuando parte de las tropas se habían ausentado con el fin de buscarlos, consiguiendo una victoria aplastante.

Al año siguiente, el propio Lisias se acercó con un gran ejército, pero su suerte fue la misma. Entonces Judas marchó hacia Jerusalén, arrinconó a la guarnición seléucida y purificó el templo profanado. En diciembre del 164, cumplidos tres años de la profanación, el templo fue nuevamente dedicado con grandes fiestas y alegría.

Se trató de una larga lucha donde los judíos lograron, no solo tener libertad religiosa, sino también autonomía política.

No obstante, tras la libertad religiosa, muchos judíos no querían seguir luchando por la independencia, por lo que hubo una ruptura. Los partidarios de seguir con la lucha fueron liderados por Judas hasta su muerte, cuando le sucedió su hermano Jonatán, el cual cumplía la función de sumo sacerdote. Jonatán profundizó el interés por la independencia firmando tratados con reinos extranjeros, generando incluso una mayor ruptura. Al morir Jonatán, en el 142, sube al poder Simón, el último hijo de Matatías, y fue en ese año cuando Demetrio II de Siria otorgó a los judíos la completa independencia. Simón fundó entonces la dinastía asmonea y los judíos mantuvieron su independencia hasta el año 63, cuando el general romano Pompeyo capturó Jerusalén y sometió todo el reino a Roma.

El rey seléucida Antíoco VII Sidetes no aceptó la independencia de Judea y envió un ejército dirigido por el general Cendebeo. Simón, que en ese tiempo ya era viejo, encomendó la defensa a sus hijos Judas y Juan Hircano quienes lo derrotaron, expulsándolo hacia el norte. Poco después, Tolomeo, gobernador de Jericó, quien fue yerno de Simón, se alió con Antíoco Sidetes para conspirar contra Judea. Organizó un banquete donde finalmente capturó y ejecutó a Simón y a sus hijos Judas y Matatías. No obstante, Juan Hircano logró escapar y se proclamó sumo sacerdote.

Juan Hircano logró finalmente una alianza con Sidetes donde los judíos debían ayudar a los



seléucidas a defenderse de los partos.

En el 129 Sidetes muere en una batalla contra los partos y Juan Hircano se apodera de algunas tierras que había perdido bajo este rey. Juan Hircano tenía la hostilidad de los fariseos, quienes lo criticaban por haberse autoproclamado sumo sacerdote sin ser descendiente de Sadoc. Hircano decidió que tras su muerte reinara su esposa y que su hijo mayor Aristóbulo I fuera el sumo sacerdote. Muerto Juan Hircano, Aristóbulo encerró a su madre y a tres de sus hermanos y se proclamó sumo sacerdote y rey de Judá. Entonces los fariseos iniciaron una rebelión, sin embargo, antes de que pudieran quitarle el reinado, Aristóbulo murió a causa de una enfermedad en el año 103.

La familia de Aristóbulo fue puesta en libertad y le sucedió su hermano Alejandro Janeo, quien reinó hasta el año 76. A este le sucedió su mujer Salomé Alejandra, reinando en Judá hasta el año 67, siendo la única monarca de Israel de la historia, con excepción de Atalía.

Salomé tenía dos hijos, Hircano II y Aristóbulo II. Hircano II era el mayor, por lo que debía heredar la corona tras la muerte de su madre. Aristóbulo II ya había discutido varias veces con su madre por el creciente poder de los fariseos y su influencia en la corona. En el año 67, cuando su madre enfermó de gravedad, Aristóbulo llevó a cabo un golpe de Estado. Reclutó un ejército en el Líbano y se proclamó rey de Israel.

Los fariseos lograron secuestrar a la esposa e hijos de Aristóbulo. Salomé murió un mes más tarde, lo que dio comienzo a una guerra civil entre Aristóbulo e Hircano.

Por el consejo del idumeo Antípatro, Hircano pidió ayuda al rey árabe Aretas III y posteriormente al general romano Pompeyo. El rey Aretas asedió Jerusalén contra Aristóbulo. La guerra se extendió por unos años hasta que, en el 63, Pompeyo tomó Jerusalén con un ejército de judíos y romanos. Aunque Aristóbulo logró huir fue capturado y encarcelado. Como resultado de esta batalla murieron unos doce mil judíos.

Aristóbulo II fue envenenado en Roma y su hijo Alejandro, decapitado.

En el año 47 Julio César nombró a Hircano II como etnarca de Judea y a Antípatro como ministro principal. En el 43, Antípatro fue envenenado, cuando gobernaba en Roma Marco Antonio.

Marco Antonio designó como etnarcas a Fasael y Herodes, hijos de Antípatro, quitando del poder a Hircano II y limitándolo a la función de sumo sacerdote.

En el 40, los partos ocuparon Judea y pusieron a Antígono Matatías, segundo hijo de Aristóbulo II como rey y sumo sacerdote. Fasael fue asesinado y a Hircano se le desterró, no sin antes quitarle las orejas. Herodes logró huir.

En el 37, Cayo Sosio, el gobernador romano de Siria, derrotó a los partos y tomó Jerusalén. Sosio devolvió el poder a Herodes, declarándolo rey. Mientras tanto, Antígono Matatías fue decapitado por orden de Marco Antonio.

Dentro de las obras majestuosas de Herodes, la más destacable fue la ampliación del templo de



Esdras, el cual fue llamado el templo de Herodes o templo de Jerusalén. Esta fue una manera de ganarse el favor de los fariseos, los cuales contaban con una gran influencia entre los judíos.

Por otra parte, la obra más infame que se le atribuye a Herodes fue la matanza masiva de niños en Belén, con el fin de asesinar al niño anunciado como el Mesías de Israel. Esta historia narrada por Mateo no tiene una documentación histórica que la respalde y no es mencionada en otros sitios de la Biblia. Tal vez nunca haya existido y sea un paralelismo histórico, donde Herodes ocupa el lugar del faraón y el Mesías el de Moisés, el salvador del pueblo judío. Es curioso que, entre tanta documentación de la vida de Herodes, donde se narran acciones denigrantes de parte del rey, no se encuentre algo tan significativo como la matanza de cientos de niños en Belén. Algunos de los espantosos actos de Herodes están bien documentados.

Herodes nombró consejero real a Hircano II tras casarse con su nieta Mariamne I. En el año 30, tras presentir un peligro de conspiración en la posición de Hircano, lo acusó falsamente y lo condenó a muerte.

Herodes entró en una paranoia conspirativa y asesinó a sus dos hijos, Alejandro y Aristóbulo IV. La hija de este último, Herodías, quedó huérfana y fue ofrecida a su tío Herodes II. De esta manera, Herodes II pasaba a ocupar el primer puesto en la línea sucesora, por estar casado con la hija de Aristóbulo, desplazando a Antípatro II. En el año 4, Antípatro es acusado de conspirar para matar a su padre, y se le da muerte. Sin embargo, llegó la noticia a Herodes de que Herodes II conocía de la conspiración y no hizo nada para detenerla. Entonces, días antes de morir, Herodes el Grande cambió su testamento y retiró a Herodes II de su posición.

Herodes II vivió con Herodías en Roma, sobreviviendo a las masacres ordenadas por Herodes el Grande antes de su muerte. Herodes el Grande muere de una insuficiencia renal y el emperador Augusto manda a repartir Judea entre sus sucesores: Herodes Arquelao (etnarca de Judea y Samaria), Herodes Antipas (tetrarca de Galilea y Perea), Herodes Filipo (tetrarca de Batanea, Gaulanítide, Traconítide y Auranítide) y Herodes Lisaniás (tetrarca de Abilinia). Por su parte, Salomé, la hermana de Herodes el Grande, recibió la toparquía de tres ciudades: Yavne, Asdod y Fasayil.

A partir de aquí los hechos narrados corresponden al contexto inmediato del Nuevo Testamento.

4. Las profecías de Daniel: los imperios antes de la venida del reino celestial

Daniel fue profeta que vivió durante el siglo VI a. C. Fue uno de los muchos jóvenes exiliados a Babilonia para servir en la corte real.

A este joven profeta se le mostró el plan de Dios para el mundo, que iban desde el tiempo de Babilonia, donde él se encontraba, hasta el reino eterno de Dios. De acuerdo con estas profecías, cuatro



imperios mundiales procederían al reino de Dios.

La primera profecía se encuentra en el capítulo 2 de Daniel. Podemos leer allí que una imagen (estatua) se le apareció al rey de Babilonia, Nabucodonosor II, en un sueño. Después de una serie de acontecimientos, el rey acude a Daniel para que le diera su significado, pero sin contarle lo que había soñado.

En el siguiente pasaje, Daniel da al rey su respuesta: *“Tú, oh rey, veías, y he aquí una gran imagen. Esta imagen, que era muy grande, y cuya gloria era muy sublime, estaba en pie delante de ti, y su aspecto era terrible. La cabeza de esta imagen era de oro fino; su pecho y sus brazos, de plata; su vientre y sus muslos, de bronce; sus piernas, de hierro; sus pies, en parte de hierro y en parte de barro cocido. Estabas mirando, hasta que una piedra fue cortada, no con mano, e hirió a la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y los desmenuzó. Entonces fueron desmenuzados también el hierro, el barro cocido, el bronce, la plata y el oro, y fueron como tamo de las eras del verano, y se los llevó el viento sin que de ellos quedara rastro alguno. Mas la piedra que hirió a la imagen fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra”* (Dn. 2:31-35). De esta manera, el profeta dejó en claro que el sueño le había sido revelado. De ahí en más comenzó su interpretación.

Le dijo al rey que Dios le había dado autoridad (“tú eres la cabeza de oro”). Luego siguió con las otras partes de la estatua. Sobre el pecho y los brazos de plata dice: *“Y después de ti se levantará otro reino inferior al tuyo...”*. Los vientre y muslos de bronce mostraban a un reino que reinaría sobre toda la tierra, y los las piernas de hierro y pies de hierro y barro representaba a un cuarto reino.

La roca que desmenuza a todos estos reinos era el reino de Dios: *“Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre”* (v.44).

En el capítulo 2 solo se nos revela una de las partes de la estatua: la cabeza de oro, la cual era Babilonia. Los demás reinos pueden descifrarse con mayor claridad en otros pasajes del libro de Daniel. En el capítulo 8 leemos que Daniel fue transportado en una visión hacia Susa, una ciudad prominente del Imperio persa. Allí dice: *“...y miré, y he aquí un carnero y tenía dos cuernos, uno era más alto que el otro...”* (v. 3). El ángel Gabriel revela su significado en el versículo 20: *“En cuanto al carnero que viste, que tenía dos cuernos, estos son los reyes de Media y de Persia”*. Aunque Media representó en su tiempo un imperio poderoso, con la revolución contra Media de parte de Ciro el persa, quien tenía lazos familiares con los medos, ambas fuerzas se unieron. Sin embargo, el crecimiento del imperio anexo tomó dominio más por el lado persa, es decir, el cuerno más nuevo (Persia) creció más que el viejo (Media). Quince años después de esta profecía, Babilonia cayó ante el ejército medopersa y Daniel aún vivía para verlo. Ahora sabemos que el pecho y brazos de plata de la estatua de Nabucodonosor era nada más y nada menos que el Imperio medopersa.

La visión de Daniel continuó: *“Mientras yo consideraba esto, he aquí un macho cabrío venía del*



lado del poniente sobre la faz de toda la tierra, sin tocar tierra; y aquel macho cabrío tenía un cuerno notable entre sus ojos. Y vino hasta el carnero de dos cuernos, que yo había visto en la ribera del río, y corrió contra él con la furia de su fuerza. Y lo vi que llegó junto al carnero, y se levantó contra él y lo hirió, y le quebró sus dos cuernos, y el carnero no tenía fuerzas para pararse delante de él; lo derribó, por tanto, en tierra, y lo pisoteó, y no hubo quien librara al carnero de su poder. Y el macho cabrío se engrandeció sobremanera; pero estando en su mayor fuerza, aquel gran cuerno fue quebrado, y en su lugar salieron otros cuatro cuernos notables hacia los cuatro vientos del cielo” (Dn. 8:5-8).

Y en el versículo 21 vuelve a interpretar su visión: “El macho cabrío es el rey de Grecia, y el cuerno grande que tenía entre sus ojos es el rey primero”. Aunque Daniel no vivió para verlo, en el 334 al 331, Alejandro Magno vino con gran velocidad desde el oeste (Grecia) y conquistó toda la tierra conocida. El reino de Grecia (representado en la estatua con la cintura y caderas de bronce) no vino a ser el tercer reino hasta que conquistó Persia y se estableció con fuerza en Mesopotamia.

Gabriel sigue diciendo: “Y en cuanto al cuerno que fue quebrado, y sucedieron cuatro en su lugar, significa que cuatro reinos se levantarán de esa nación, aunque no con la fuerza de él” (v. 22). Tras la muerte de Alejandro de Macedonia, a la edad de 33 años, cuatro de sus generales combatieron entre ellos para ganar el control del reino: Casandro, Lisímaco, Seleuco y Tolomeo.

El cuarto reino no es mencionado, pero podemos interpretar sin temor a equivocarnos que se trataba del gran Imperio romano.

En el capítulo 7, Daniel muestra cuatro animales que, al igual que las otras profecías revelan los cuatro reinos que precederán al reino de Dios: “La primera era como león, y tenía alas de águila. Yo estaba mirando hasta que sus alas fueron arrancadas, y fue levantada del suelo y se puso enhiesta sobre los pies a manera de hombre, y le fue dado corazón de hombre. Y he aquí otra segunda bestia, semejante a un oso, la cual se alzaba de un costado más que del otro, y tenía en su boca tres costillas entre los dientes; y le fue dicho así: Levántate, devora mucha carne. Después de esto miré, y he aquí otra, semejante a un leopardo, con cuatro alas de ave en sus espaldas; tenía también esta bestia cuatro cabezas; y le fue dado dominio. Después de esto miraba yo en las visiones de la noche, y he aquí la cuarta bestia, espantosa y terrible y en gran manera fuerte, la cual tenía unos dientes grandes de hierro; devoraba y desmenuzaba, y las sobras hollaba con sus pies, y era muy diferente de todas las bestias que vi antes de ella, y tenía diez cuernos” (7:4-7).

Muchos intérpretes de las Escrituras creen que las cuatro bestias del capítulo 7 son paralelas a los cuatro metales del capítulo 2: la primera bestia es Babilonia, la segunda, Media y Persia, la tercera, Grecia, etc. Sin embargo, existe otra interpretación posible. En el versículo 17 dice: “... estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes que se levantarán [en el futuro] en la tierra”, lo que no tendría sentido con Babilonia, la cual se había levantado antes de la profecía de Daniel. Sin embargo, no profundizaremos en este tema.



La visión de Daniel es fiel a los acontecimientos históricos narrados en el anterior inciso. Las profecías de Daniel anticiparon el curso de la historia, por lo que no deberíamos dudar de lo que aún no se ha cumplido: la venida del Anticristo, su derrota final y el establecimiento eterno del reino de Cristo.